

**LA INTELIGENCIA  
REPUBLICANA**

**MANUEL AZAÑA 1897-1930**



**BIBLIOTECA NUEVA**  
ALMAGRO, 38 - MADRID  
1988

**LA INTELIGENCIA REPUBLICANA**  
**MANUEL AZAÑA 1897-1930**

**JOSÉ M<sup>a</sup> MARCO**

**Biblioteca Nueva**

**LA INTELIGENCIA REPUBLICANA**  
**MANUEL AZAÑA 1897-1930**

**JOSÉ M<sup>a</sup> MARCO**

**Biblioteca Nueva**

**LA INTELIGENCIA REPUBLICANA**  
**MANUEL AZAÑA 1897-1930**

**JOSÉ M<sup>a</sup> MARCO**

**Biblioteca Nueva**

*Este trabajo fue escrito gracias a una de las Becas de Ayuda a la Creación Literaria —modalidad Ensayo— concedidas por el Ministerio de Cultura en 1983*

*«Esta edición ha merecido una subvención de la Dirección General del Libro y Bibliotecas del Ministerio de Cultura. De conformidad con la orden del 15 abril 1986 (B.O.E. del 23 siguiente)».*

© José M.ª Marco  
EDITORIAL BIBLIOTECA NUEVA  
Almagro, 38 - 28010 Madrid (España)  
ISSN: 84-7030-309-0  
Depósito legal: M-8049-1988  
Imprime: Gráficas Muriel, S.A.  
Encuadernación: Perellón  
Printed in Spain - Impreso en España

*Ninguna parte de esta publicación, incluido diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.*

## INDICE

	<u>Pág.</u>
<b>I. 1897-1903. LOS PRIMEROS AÑOS</b>	<b>11</b>
El costumbrismo.....	16
La ficción.....	19
El reformismo liberal.....	23
<b>II. FRANCIA.....</b>	<b>35</b>
<i>Azaña «oportunista».....</i>	<i>37</i>
Elogio de la continuidad histórica....	40
<i>1917-1918. La militancia francófila y el ideario radical.....</i>	<i>47</i>
La idea republicana y la fundación del Estado republicano.....	49
Breve historia del republicanismo....	53
El ejército como la nación en armas: el nacimiento de la nación.....	58
Los ideólogos del nacionalismo.....	62
La oposición ultrarrevolucionaria....	68
Los socialistas y la nación. Jaurès....	70
El coste del esplendor.....	72

	<u>Pág.</u>
<i>1919-1920. La decepción</i> .....	77
La crítica de la República social.....	80
La revisión de la guerra.....	83
Caillaux.....	86
La universalidad de Francia.....	90
El radicalismo.....	92
<i>España 1910-1920</i> .....	97
La conciencia generacional: «el drama íntimo».....	100
La obsesión del Estado.....	103
1913. El Partido Reformista; la Liga de Educación Política.....	107
1917-1918. La ruptura, posible.....	113
1919-1920: el redescubrimiento de España.....	117
<b>III. EL REPUBLICANISMO INTRANSIGENTE</b> .....	123
<i>La evolución política</i> .....	125
1920-1923.....	125
1923-1925.....	128
1925-1930.....	133
<i>La revisión del liberalismo histórico</i> .....	141
La primera generación liberal.....	143
La segunda generación liberal.....	145
Valera. Azaña seducido: «Yo quisiera hacer en mi vida algo bueno, y completo y bello.».....	148
<i>La inteligencia republicana</i> .....	155
La inteligencia republicana.....	155
La aplicación de la inteligencia: la destrucción, el estilo.....	162
Los intelectuales y el intelectual político.....	171

	<u>Pág.</u>
<i>El Estado y la nueva autonomía de lo social</i> .....	177
El «carácter».....	179
La «revolución desde arriba».....	180
El caciquismo.....	183
¿Un nuevo radicalismo?.....	187
<i>Las Españas posibles</i> .....	189
España.....	189
La paradoja hispánica.....	193
La demolición de la paradoja hispánica.....	196
<b>IV. LA OBRA LITERARIA</b> .....	207
<i>La fidelidad al costumbrismo</i> .....	209
1911-1920: Azaña «reporter».....	209
1920-1930: el género ilusorio.....	219
«La Corona». <i>El político dramaturgo</i> .....	219
«El jardín de los frailes». <i>La pasión intelectual como arte</i> .....	229
La crisis religiosa: el «sabor a ceniza».....	230
La vocación hecha añicos.....	234
La rebelión y el patanismo.....	238
La sensibilidad ante la naturaleza y el arte: el jardín.....	242
Entidad y funciones del discurso del narrador: la empresa de demoliciones... ..	245
«Viaje de Hipólito». <i>El triunfo del pasado</i> .....	251
El paisaje.....	251
La memoria.....	255
Hipólito.....	257

	<u>Pág.</u>
<i>«Fresdeval». El advenimiento de la historia</i>	261
La dinastía de los Budia.....	261
Bruno Budia: el patanismo cumplido.	263
El linaje de los Anguix: una ejecutoria doceañista.....	266
Trinidad Ledesma: el «varón togado».	269
La alta política.....	270
El arte y la naturaleza.....	271
La historia sin pies ni cabeza.....	274
El advenimiento de la historia.....	276
El nudo.....	279
 <i>La obra literaria de Azaña: lo monstruoso y la felicidad.....</i>	 283
El arte y la naturaleza.....	283
El tiempo.....	286

## I

1897-1903

## LOS PRIMEROS AÑOS

«La poesía es un discurso republicano; un discurso que es, respecto de sí mismo, su propia ley y su propio fin, y cuyas partes son ciudadanos libres con derecho a pronunciarse para llegar a un acuerdo.»

Fr. Schlegel, *Fragmentos críticos*

El 10 de enero nace en Alcalá de Henares —calle de la Imagen número tres— un niño que sería bautizado con el nombre de Manuel María Nicanor Federico Carlos Azaña y Díaz. Su bisabuelo, el notario Esteban Azaña Hernández, había sido secretario del primer Ayuntamiento constitucional de Alcalá en 1813. También había proclamado la Constitución doceañista en 1820. Gregorio Azaña, abuelo paterno de Manuel, continúa la tradición. Comandante del batallón de Infantería de la Milicia Nacional complutense en 1854, participa en los acontecimientos de 1868. Según Juan Marichal, su retirada de la política activa pudo deberse a la desilusión provocada por las tendencias pactistas de los liberales en los años 70.<sup>1</sup> Sea lo que sea, cuando su hijo Esteban Azaña y Catarineu, alcalde de Alcalá en 1886, se disponía a recibir el título de conde de Zulema por haber contribuido a frustrar la intentona republicana del general Villacampa en septiembre de 1886, Gregorio Azaña le convenció para que rehusara tal honor. Con su gesto, Gregorio Azaña recordaba a su hijo la vigencia de la intransigencia liberal. Pero éste, bien instalado en la Restauración que consideraba beneficiosa para su país, parecía más preocupado por la construcción de

<sup>1</sup> Juan MARICHAL, *La vocación de Manuel Azaña*, Alianza, Madrid, 1982, 29. Para los apuntes biográficos de este estudio, sigo el trabajo de Marichal, el de Cipriano de RIVAS CHERIF, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, ed. de Enrique de RIVAS, Grijalbo, Barcelona, 1979, y el de Frank SEDWICK, *The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Second Republic*, Ohio University Press, Ohio, 1963.

un «modus vivendi» pacífico que por los ideales de 1812. Fiel, a su modo, a la consigna canovista de continuación de la historia de España, Esteban Azaña escribió una historia de Alcalá que intentaba un difícil equilibrio entre líneas políticas contrarias. A su iniciativa se debe también el monumento a Cervantes erigido en la Plaza Mayor de la villa en 1879. Esteban Azaña constituye todo un símbolo de la trayectoria transaccional del liberalismo español del siglo pasado.

En 1893, a los trece años, Manuel Azaña ingresa en el colegio universitario regentado por los agustinos en El Escorial. Cursa, en régimen de interno, los estudios de Derecho. Es un alumno brillante, aunque abandona a los frailes en pleno curso 1897-1898. De nuevo en Alcalá, funda, con sus amigos Joaquín Creagh y José María Vicario, una revista decenal —*Brisas del Henares*—, publicada entre el otoño de 1897 y la primavera de 1898. La ruptura con los agustinos no interrumpe los estudios casi terminados. El 4 de junio de 1898, obtiene en Zaragoza el título de Licenciado en Derecho. Se ha examinado con sus condiscípulos del Escorial y bajo la protección de sus antiguos maestros. El 18 de abril, tras la voladura del «Maine», el Congreso norteamericano lanza un ultimátum a España; poco después, la escuadra española zarpa con destino a Cuba. Las cartas que el flamante licenciado envía desde Zaragoza a su amigo Vicario en mayo de ese mismo año tan sólo dan cuenta de un inmoderado afán de diversión: «Llamarme monstruo me parece... en fin puede que a lo mejor de tu conversación con... la Flor (ya sabes) te arranques por lo fino y la digas: ¡¡¡Olé las monstruas!!!»<sup>2</sup>

En el otoño de 1898, empieza los estudios de doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central. Asiste a los cursos de Giner de los Ríos, frecuenta el Ateneo y, en junio de 1900, recibe un «sobresaliente» por su

<sup>2</sup>Carta 30-V-1898, Obras Completas, III, 656 ed. de J. MARICHAL, Oasis, México, 1966-1968. Todas las citas de Azaña, salvo indicación en contra, remiten a esta edición.

tesis titulada *La responsabilidad de las multitudes*. Ha emprendido un camino ortodoxo, el más indicado para continuar la tradición de un liberalismo definitivamente moderado. A finales de 1900, entra como pasante en el bufete de Luis Díaz Cobeña, un conocido abogado madrileño. Allí se encuentra con Niceto Alcalá Zamora, que sigue la misma senda.<sup>3</sup> También por entonces empieza a acudir a la Academia de Jurisprudencia, donde en enero de 1902 da lectura a su discurso *La libertad de asociación*. Entretanto, ha empezado a participar en la vida literaria de la capital. Gracias a su tío materno, Félix Díaz-Gallo, colabora a partir de febrero de 1901 en la revista *Gente Vieja*. Es ésta una forma por lo menos curiosa de iniciar una carrera periodística. *Gente Vieja*, fundada «como reacción al 'decadentismo' político y estético del 'fin de siglo'», exigía a sus colaboradores una edad superior a medio siglo.<sup>4</sup> Ninguno de los artículos de Azaña trata, aunque sea por modo alusivo, de la «política palpitante». Tampoco en su correspondencia con Vicario aparece referencia alguna, como no sea humorística, a los acontecimientos. En diciembre de 1898 se firma el tratado que pone fin a la guerra hispanonorteamericana; pocos meses antes, Francisco Silvela ha publicado su resonante artículo «Sin pulso». Azaña escribe: «... no hago absolutamente nada. Me levanto a las doce o a la una; almuerzo y a la calle hasta la una y media, hora de comer. Después salgo... y hasta otro día de madrugada...»<sup>5</sup> Así pasa el tan glosado otoño triste de 1898. El 19 de mayo de 1902, dos días después de que Alfonso XIII asumiera los destinos de la Corona de manos de su madre la Reina Regente, comenta: «Yo me he comprado un suspensorio con los colores nacionales y las armas del rey bordadas al realce.»<sup>6</sup> Evidentemente, el señorito de buena familia ha quedado prendado de la vida fácil y brillante que le ofrece Madrid.

<sup>3</sup>Niceto ALCALÁ-ZAMORA, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, 48.

<sup>4</sup>J. MARICHAL, *La vocación...*, ed. cit., 44.

<sup>5</sup>Carta XII-1898, III 658.

<sup>6</sup>Carta 19-V-1902, III 676.

Poco a poco, sin embargo, se abre paso un nuevo sentimiento. Mejor dicho, y a la vista de la expresión, ese sentimiento irrumpe brutalmente: «Me fastidian estos días en que hay que divertirse... por huevos.»<sup>7</sup> En una de sus últimas cartas antes de la vuelta a Alcalá, escribe desde el Ateneo: «Todo esto es verdaderamente tonto; cuanto antes voy a largarme. ¿Cómo está el campo, cómo va la escarcha? Voy a empaparme de naturaleza, a ver las cosas desde más lejos...»<sup>8</sup>

Entre 1897 y 1903, la personalidad del joven Manuel Azaña resulta difícil de sintetizar. Continuador fiel, con algún sobresalto, de una tradición burguesa; aspirante a una prometedora carrera política; viejo honorario a los 23 años para poder colaborar en una revista anticuada; señorito preocupado por dar a su vida una apariencia mucho más ociosa y parasitaria de lo que en realidad es... Todo esto contribuye sin duda a explicar el silencio en el que Azaña se refugia desde 1903 a 1910. Constituye el telón de fondo de la obra literaria y política de esos años.

### El costumbrismo

Entre los artículos de *Brisas del Henares* y los publicados en *Gente Vieja*, median tres años. Los primeros están escritos en Alcalá de Henares; los segundos en Madrid. La verdad es que entre ellos no hay más solución de continuidad que ésa, y la derivada de un mayor dominio de los medios expresivos. Azaña subraya esta unidad al utilizar siempre un mismo seudónimo, «Salvador Rodrigo». En la Alcalá de 1897, no debía de resultar particularmente eficaz a la hora de disimular la identidad del autor. En el caso de *Gente Vieja*, contrasta con la intrascendencia de los temas. Azaña busca más que nada una forma de distanciarse, irónicamente, de los «autobautizos mesiáni-

<sup>7</sup> Carta 3-II-1902, III 674.

<sup>8</sup> Carta 19-V-1902, III 677.

cos» de algunos futuros noventayochistas.<sup>9</sup> En principio, no parece haber diferencia alguna entre el «Pío Cid» de Ganivet, el «Silverio Lanza» que publica sus relatos por esos mismo años, y el «Salvador Rodrigo» de Azaña. Pero lo que en los dos primeros subraya una creciente radicalización ante la realidad española, es en «Salvador Rodrigo» voluntad de irrisión, evidenciada por el juicio que al autor le merecen sus primeros escritos públicos: «lilailas y cosa menor.»<sup>10</sup>

Como en sus cartas a Vicario, Azaña está dispuesto a no adoptar nunca una actitud un poco seria. Preside todos los escritos un humor provinciano, consciente y orgulloso de serlo. En «Tardes madrileñas», pone en escena a un joven abogado de provincias residente en Madrid, Tomás Bermúdez. Este acompaña en una visita al Congreso y al Ateneo a dos compatriotas, el cacique del pueblo y su hijo. La ironía es convenientemente respetuosa. La propia realidad descrita da la medida de su ridiculez: en el Congreso, unos diputados republicanos intentan convertir a su causa a un camarero carlista. Un ateneísta expone en un discurso el «origen, desenvolvimiento, filiación filosófica y porvenir político de las ideas socialistas».<sup>11</sup> Valera, en 1857, se burlaba en términos muy parecidos de Castelar, que pretendía explicar en el Ateneo la Historia de la civilización durante los cinco primeros siglos del cristianismo.<sup>12</sup> En Tomás Bermúdez, instalado en Madrid hace poco tiempo, con fuertes relaciones en su provincia natal y con evidentes ambiciones políticas, es fácil hallar un trasunto de la personalidad del autor. Pero la utilización de materiales autobiográficos va acompañada ya, en estos primeros escritos, de una cierta complejidad literaria que hace imposibles las identificaciones sucintas. En «Tardes madrileñas» encontramos, al lado de Bermúdez, un narrador

<sup>9</sup> J. MARICHAL, *La vocación...*, ed. cit., 36.

<sup>10</sup> Carta 1901, III 673.

<sup>11</sup> «Tardes madrileñas II», I 52.

<sup>12</sup> Juan Valera, «La doctrina del progreso», *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1949, II 1399.

neutro que es, también, la voz de Azaña. Están además los dos acompañantes, algunas de cuyas afirmaciones podrían ser suscritas por el autor. Y eso sin contar con el «Salvador Rodrigo», último obstáculo interpuesto por Azaña. En realidad, se esfuerza por desaparecer: el objetivo consiste en imbuir la obra periodística, en su estructura misma, de ese tono escéptico, de vuelta de todo, que trata de mantener también en su correspondencia. Lo malo es que esa tentativa de hacer literatura de los tics del señorito madrileño, que debería dar por resultado un estilo ligero, ágil, pendiente del gesto y de la frase característica, termina siendo una pesada acumulación de ironías que se desdican unas a otras.

Más conseguidos están aquellos artículos, como «Tardes madrileñas», en los que permanece en posición de espectador. Su benevolencia es la de Mesonero Romanos, elogiado en un artículo de homenaje. Contrapone ahí «las amargas hieles y el desconsolador pesimismo» de Larra al estilo de aquél: «Sus críticas son suaves, correctas, dulcificado su amargor por un humorismo bonachón e inofensivo.»<sup>13</sup> Estamos en pleno centro de un problema político y literario que Azaña soslaya. Silencia el origen de la amargura de Larra, pero no así la inspiración de Mesonero. «Son admirables sus retratos de personas y cosas que pasaron; de una sociedad y unas costumbres que él mismo vio desaparecer entre himnos de Riego, incendios de conventos, románticos lamentos de los revolucionarios de la poesía y el estruendo militar de guerras civiles e insurrecciones.»<sup>14</sup> Ante tal panorama, la placidez de «El curioso parlante» resulta cuando menos sorprendente. Por si eso fuera poco, Azaña elogia el estilo literario del homenajeado, «sin afectación ni artificios»; lo contrapone al de sus propios coetáneos, quienes «retuercen las frases, truncan las palabras, inventan verbos y (...) abusan del colorido».<sup>15</sup> Azaña no relaciona la acritud de Larra con la historia española;

<sup>13</sup> «El curioso parlante», I 22.

<sup>14</sup> *Ibid.*, I 21.

<sup>15</sup> *Ibid.*, I 22.

se muestra, en cambio, muy consciente de que el mundo de Mesonero es, en el mejor de los casos, una antigüalla, pero se aferra a los modelos estilísticos que ese pasado le ofrece y los compara, elogiosamente, con la renovación literaria de 1900. Las contradicciones son demasiado serias. Están en la raíz de los problemas expresivos con que tropieza el joven Azaña.

Además, y por mucho que intente disimularlo, no es ajeno a los grandes problemas contemporáneos. En su primer escrito publicado en *Brisas del Henares* en septiembre de 1897, glosa la afirmación de un «escritor de Alcalá», según la cual «Pelayo y sus huestes» hablaban castellano.<sup>16</sup> El texto es, en sí mismo, insignificante, pero es curioso que a los diecisiete años Azaña inicie su obra literaria planteando el tema de la mistificación de la historia de España. El problema adquiere una resonancia nueva en un escrito de *Gente Vieja* titulado «El paso honroso». Por fin lo encontramos metido de lleno en una polémica que hacía furor, la de la decadencia de España. El artículo desarrolla una metáfora magnífica: el impávido don Tancredo, símbolo de un pueblo inmutable a través del tiempo: «Lejos de decaer, hemos permanecido lo mismo, exactamente lo mismo que hace veinte, ochenta, doscientos o quinientos años.»<sup>17</sup> «Salvador Rodrigo» es incapaz de mantener la tensión estilística que exige la contraposición de esa caricatura y el pesimismo regeneracionista. Pero el gesto es significativo. Azaña adelanta una imagen, y con ella una idea que se revelará más tarde extraordinariamente fecunda. Por ahora, la abandona, como si tratara de diluir su potencial fuerza explosiva.

## La ficción

Resulta sorprendente la variedad de géneros utilizados por Azaña en estos años. El costumbrismo, más que coar-

<sup>16</sup> «Rasguños», I 4.

<sup>17</sup> «El paso honroso», I 17.

tar una vocación incipiente, se aviene bien a una investigación en múltiples direcciones: se suceden así diálogos, pequeños relatos, apuntes, comentarios, cartas... La ficción pura también está presente. Son tres los escritos en los que Azaña, sobre plantar unos personajes ficticios —como es el caso de «Tardes madrileñas»—, esboza una acción. El último es *El coche simón*. Su subtítulo: *Historia de un día de carnaval*. Con estas dos indicaciones está todo dicho. Parece haber sido escrito cuarenta años antes, tal es la fidelidad con que trata dos temas de rancia filiación costumbrista. Agustín Azcona había escrito en 1839: «Es mucho cuento un coche, y si el coche es simón, es un cuento que se parece mucho a un chisme.»<sup>18</sup> En eso consiste el relato de Azaña, protagonizado por un probo funcionario, Tomás Bernáldez, que se ve metido en un enredo amoroso. Terminará con sus huesos en la comisaría. Azaña mostraba entonces una particular afición por los bailes de máscaras. Según Rivas Cherif, que describe un magnífico disfraz de cardenal que su amigo lució en una fiesta en los años veinte, esa afición no se desmintió nunca.<sup>19</sup> No resulta aventurado percibir en Bermúdez un retrato irónico del autor.

Las otras dos narraciones de principios de siglo se alejan del costumbrismo madrileño. El escenario rural contribuye a su mayor originalidad. Se titulan *Esbozo* y *En el ventorro del «Tuerto»*. Los dos están relacionados por medio de un artificio. El narrador de *En el ventorro...*, convenientemente entrado en años según correspondía a un colaborador de *Gente Vieja*, recuerda sus aventuras juveniles en un pueblo castellano llamado Valtierra: el ventorro fue «uno de los lugares que más frecuenté (salvo la huerta de mi amigo Bañares) ...»<sup>20</sup> El protagonista de *Esbozo*, por su parte, se llama Bañares. Azaña se divierte creando estos tenues lazos entre la ficción y la memoria personal. Los dos relatos tienen en común, además, un cier-

<sup>18</sup> Agustín AZCONA, «El coche simón», ver CORREA CALDERON, *Costumbristas españoles*, Aguilar, Madrid, 1951, I 1005.

<sup>19</sup> C. de RIVAS CHERIF, *Retrato...*, ed. cit., 145 y ss.

<sup>20</sup> *En el ventorro del «Tuerto»*, I 35.

to estatismo. Están más pendientes de la evolución interior de los personajes que de la peripecia externa. *Esbozo* se centra en el personaje de Ramón Bañares, un maduro ricacho de pueblo. La boda de su sobrina Verónica le hace comprender, demasiado tarde, que ha perdido el tiempo a lo largo de una vida sin amor. Azaña logra en cierta medida (no mucha, la verdad) rescatar del lugar común una variación más sobre el tema del viejo y la niña. Pero los personajes responden más a una caracterización tradicional y mil veces codificada que a un estudio original. Bañares, extraviado en disquisiciones metafísicas, se queda a medio camino entre Bouvard o Pécuchet y un Don Quijote resignado a la existencia de don Diego Miranda: «Su idea era la paz, la tranquilidad, el vivir alegre.»<sup>21</sup> Su amigo Gil Jiménez es el tipo mismo del arqueólogo alucinado por su erudición localista.

*En el ventorro del «Tuerto»* tiene más enjundia que este pálido *Esbozo*. El núcleo narrativo viene dado, en apariencia, por el relato entre terrorífico y grotesco de Alvarito, un personaje calificado de «insignificante.» En realidad, el interés se centra en otros asuntos. En primer término, en la larga descripción del ventorro, de un realismo que se esfuerza por renovar la inmemorial tradición venteril de la literatura española. Después, en el retrato del propio ventero, Francisco, cuya aparente fiera encubre «una fuente inagotable de mansedumbre» y simpatía.<sup>22</sup> En esta complejidad apenas perceptible se engarza la tradición. Francisco es el último de una dinastía legendaria de venteros, los «Tuertos». Según algunos, se inició con la guerra de la Independencia, aunque el narrador añade que el «Tuerto» genuino «no es un ventero determinado, sino más bien un mito, o idea comprensiva de toda una época».<sup>23</sup> Se podría pensar que estamos ante un «revival» tardío del tipo, tal como lo describe el duque de Rivas en un escrito de 1843 que Azaña, con toda probabilidad, conocía: «La

<sup>21</sup> *Ibid.*, I 27.

<sup>22</sup> *Ibid.*, I 34.

<sup>23</sup> *Ibid.*